

mediacion? ¿Qué será el tener parte en esa dicha inestimable? ¡Oh cuánto es de desear la afortunada porcion de aquellos, cuyas almas en frase de la Escritura son conservadas en el ramillete de los vivientes bajo la especial proteccion de la madre de bondad! ¡Ojalá que yo sea de los suyos en vida y en muerte y aun mas allá de la muerte en el reino de la eternidad.

CAPITULO XIV.

DE LAS OBLIGACIONES QUE POR TODOS ESTOS TITULOS TENEMOS DE AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA MADRE DE DIOS.

La mayor ventaja que á mi juicio tienen las grandezas de este mundo, es que los que las poseen, pueden servir y favorecer á muchas personas. Pero las grandezas del cielo á mas de ser las únicas verdaderas y las únicas dignas de apetecerse proporcionan á los amigos de Dios infinitas ocasiones de hacernos bien; de donde nacen en nosotros unas obligaciones que jamás podrán acabarse; y como despues de Dios no hay nadie que iguale en grandeza á la virgen Maria, por eso no hay otro feudo semejante al suyo. Esto me ha determinado á concluir el discurso de sus grandezas con una corta recopilacion de sus derechos dominicales y de las obligaciones que contraemos para con ella por tal motivo.

§. I.—De las obligaciones que tenemos de amarla.

I. ¿Qué juicio podrá formarse de los que despues de tantas obligaciones no amen á la madre de Dios ó la amen débilmente? Por mí digo (y crean los demás lo que quieran) que no tienen corazon, ó si le tienen, es mas duro que una roca del Cáucaso; porque si fuera un corazon humano, harian mella en él los inestimables

beneficios de una madre tan amorosa. Digo que no tienen entrañas, porque si las tuvieran, lo manifestarian con sentimientos correspondientes á la bondad del corazon maternal que favorece á todos los que quieren recibir sus favores. Digo que no tienen alma racional, pues se apartan desmedidamente de toda razon, siendo muy cierto que no hay uno entre todos los títulos propuestos hasta aquí que no sea capaz de encender una hoguera de amor. La circunstancia sola de ser ella el principio de la felicidad eterna de los suyos ¿no es bastante para amarla con un amor eterno? El manifestar de mil modos y con infinitas pruebas que es la madre del amor hermoso ¿no es un motivo muy eficaz para profesarle un cariño mas cordial que á todas las madres del mundo? ¿Tan poco vale su favor, que haya de despreciarle una vil criatura ó creer que puede merecerle con sentimientos comunes? ¿Qué diré del cuidado extraordinario que tiene de los suyos, sino que aun cuando se deshiciesen todos los dias en lágrimas y en sentimientos de ternura, no llegarían á merecer el menor rasgo de sus bondades? Sus liberalidades sobrepujan incomparablemente todo el agradecimiento de sus siervos, y las recompensas con que paga los mas leves servicios de estos, exceden desmedidamente lo que ella recibe, y los empeñan de nuevo á amarla. Sus misericordias no tienen límites; ¡y ellos querrian amarla con tasa y medida! Supongo que no hayan recibido nunca de ella mas que un solo beneficio corporal de los que concede á manos llenas: si le hubieran recibido de algun mortal, ¿no se confesarían eternamente obligados y agradecidos? Por último si estiman, como se debe, sus santos documentos, el consuelo que da á los afligidos, el refugio que prepara á los pecadores, y los buenos oficios que hace á la hora de la muerte, ¿se persuadirán á que han hecho mucho amándola con todas sus fuerzas? Digo que

no se aman á si mismos, porque si nó, no podrian menos de amar tiernamente á aquella de quien reciben tantos y tan continuos beneficios. Digo que son indignos de todas gracias, porque su ingratitude seca justamente la fuente de donde se derivan. En fin digo y sostengo que merecen caiga sobre ellos el anatema de S. Pablo (1) contra los que no aman al Señor Jesus, porque es desatino creer que no amando á la madre puedan amar al hijo.

II. Pero mientras me acaloro indiscretamente contra unos ingratos, no reparo á quién y de quién hablo. No considero que todos los discursos anteriores se han hecho en favor de los hijos de María, que los concibió en su seno, los crió con su leche, los educó por su caridad y los colmó de infinitos beneficios. No veo que aqui se trata de aquellos á quienes previno con sus bendiciones de dulzura, que adquirió por amor y que se dieron á ella por los mismos principios de amor. No considero que si bien el amor de la reina del cielo hácia ellos fué el principio de su felicidad, el que ellos le mostraron recíprocamente, los llevó á aprovechar y aventajarse, porque si no hubieran correspondido, María habria atajado al punto el torrente de sus gracias, y nunca habrian llegado al punto á que han llegado. Mas así como el favor de la Virgen los ha hecho lo que son, así tambien ellos han procurado cultivar ese favor y hacerse cada dia mas dignos de él por medio de verdaderos sentimientos de gratitud, con que se han granjeado nuevas gracias; de suerte que considerándose como criaturas hechas por la mano y buena voluntad de la reina del cielo y nó viendo en sí, ni á su rededor mas que beneficios obtenidos por su mediacion han de amarla por necesidad. Nuevos dones pro-

(1) I ad cor., XVI.

ducen nuevos sentimientos de amor, y no se hace ni se da nada sin amor. Esta gustosa lucha de amor los conduce al punto de que aunque se sienten infinitamente obligados á amarla por tantos bienes recibidos, quieren principalmente amarla por amor de ella y porque merece ser amada aun sin mira alguna de interés: no quisieran tener corazon si hubiesen de estar condenados á no amarla ó amarla á medias, y les parece que sin el cariño que le tienen, no podrian vivir. Así es que creen no haber contento ni satisfaccion en el mundo semejante á la que experimentan ellos en amarla, conversar con ella y de ella y hacerle algun servicio. Por aquí conozco que estoy muy distante de mi objeto, porque nada tienen que hacer ellos con mis exhortaciones, ni les van dirigidas mis invectivas. Al contrario debemos de admirar la inestimable dicha de que gozan, y á su ejemplo amar cuanto podamos á la que quieren de todo corazon. Esto lo hago tanto mas gustoso, cuanto mas inclinado me siento á honrar á todos los que la aman. Os doy el parabien, devotos hijos de María, por los singulares sentimientos de amor que le profesais. Os doy el parabien por todos los frutos que habeis cogido de ese favor. Os doy el parabien por el esmero incomparable con que le habeis cultivado. Os doy el parabien por el gozo que vuestro corazon ha sentido en esas gustosas pláticas, por la firme esperanza y aun por la seguridad que teneis de mayores bienes. ¡Ojalá vayais siempre creciendo hasta la perfeccion del amor que desea de vosotros! ¡Y ojalá seamos atraidos al mismo tiempo por el olor de vuestros perfumes á amarla con vosotros en esta vida perecedera y en la perdurable y eterna!

§. II.—De las obligaciones que tenemos de honrarla.

1. A solo el rey de los siglos, inmortal é invisible honor y gloria en los siglos de los siglos, dice S. Pa-

blo (1); y á decir verdad á él solo corresponde todo honor y toda gloria. De aquí se sigue que el verdadero honor no es otra cosa que un reflejamiento de la faz gloriosa de Dios, de donde procede todo el honor del mundo; de manera que así como todos los rayos de luz proceden del sol material y visible, así todos los rayos de gloria salen de la divina majestad como de un sol intelectual é invisible. Esto hace que cada criatura es mas ó menos digna de honor, á medida que los rayos de la faz de Dios caen mas ó menos sobre ella. Así los reyes y principes son dignos de honor, porque reciben en sí el rayo de la potestad de Dios; los jueces y magistrados, porque son iluminados por su justicia; los sabios por la participacion de su sabiduría; los justos por el esplendor de las virtudes divinas que se difunde sobre su rostro; los ancianos por su ancianidad, que tiene algo de la eternidad de Dios; los padres por la relacion que tienen con la bondad de Dios, que es el primer principio de toda comunicacion. De aquí se sigue nuevamente que á medida que la criatura se acerca mas á ese divino sol de gloria, tiene mejor parte en la gloria que procede de él.

II. Esto lo digo principalmente en favor de la reina del cielo, nuestra digna madre, la cual meritoriamente está rodeada del sol, como dice S. Bernardo (2), porque penetró mas de lo que es creible los profundísimos abismos de la grandeza de Dios; de suerte que fué como absorbida en esa luz inaccesible cuanto puede serlo una criatura mas abajo de la union personal. ¿Quién podrá explicar cómo por consecuencia de esta aproximacion fué penetrada por todas partes de los rayos de honor que emanan del padre de la luz? No intento entrar

(1) I ad Timoth., I.

(2) Serm. in *Signum magnum*.

de nuevo en la consideracion de sus grandezas de excelencia y poder. Basta haber hecho ver, aunque brevemente, en otros lugares (1) cuán obligados estamos á honrarla. Aquí no se trata mas que de sus grandezas de bondad, que nos ofrecen innumerables motivos para tributarle todo el honor de que somos capaces, porque tal madre lo merece todo. Quiero que sus hijos pongan el conato en honrarla de todos los modos imaginables y que discurran todos los dias nuevas industrias para mostrarle su respeto sin temer excederse (siempre que no lleguen al culto que es debido á Dios solo), porque siempre quedarán debiendo á su bondad.

III. Con efecto si el honor que debemos á nuestras madres carnales por habernos llevado en sus entrañas y habernos criado en la niñez, es tal, que siempre nos queda algo que pagar, por mucho que cuidemos de reverenciarlas; ¿qué respeto no merecerá nuestra madre espiritual? Aquellas suelen ser causa de nuestra desgracia; esta es el principio de nuestra felicidad y felicidad eterna: aquellas aman locamente; esta es la madre del amor hermoso: aquellas á veces desacreditan con su mala conducta á sus hijos; esta es el favor de los suyos: aquellas cuidan poco de ellos ó lo hacen de modo, que valiera mas que no cuidasen; esta es un portento de esmero y de desvelos, que se encaminan á hacerlos á todos grandes delante de Dios: aquellas suelen ser tan desnaturalizadas, que quitan á sus hijos lo que les toca; esta no piensa mas que en enriquecer á los suyos y adquirirles los bienes verdaderos y eternos: algunas de aquellas son tan irracionales, que no hay medio de contentarlas; esta se paga de los servicios mas pequeños y da el céntuplo: aquellas se vuelven á veces tigres y leo-

(1) Trat. I, cap. 4, §. 2 y trat. II, cap. 4, §. 2.

nas; esta es siempre la madre de bondad y de misericordia: aquellas necesitan ser socorridas y asistidas; esta es la defensa y el amparo de los suyos: aquellas son las mas veces espejos de frivolidad y vanidad; esta es la muestra completa de todas las virtudes: aquellas abandonan á sus hijos á la hora de la muerte, ó tienen mas cuidado de la salud corporal que de la eterna de ellos; esta protege á los suyos en tan critico momento y no los abandona hasta que los deja en el cielo.

IV. Haga el entendimiento humano todo lo posible para concebir un honor igual á tan singulares méritos: de grado ó por fuerza hay que rendirse al peso de estas deudas; pero ha de hacerse de suerte, que esta impotencia tribute homenaje á la madre de Dios y sirva de confesion auténtica de que la grandeza de su bondad supera sin medida todo el honor que puede esperar de nosotros. Es verdad, y lo confesamos, oh reina de las grandezas; y por esto suplicamos humildemente á los espíritus bienaventurados se sirvan suplir nuestra falta, y hasta se lo suplicamos al único que puede honrarte segun tus méritos, y á quien solo se debe honor y gloria en los siglos de los siglos.

§. III.—De las obligaciones que tenemos de servirla.

I. El título solo de madre de amor sugeriria una muchedumbre de ellas á quien fuese capaz de comprenderlas. La palabra madre las trae consigo grandisimas y nos obliga á servirla de todos los modos posibles por derecho de naturaleza y gracia; pero el de amor nos fuerza con una suave violencia, porque es verdad que el amor no se puede pagar sino con amor; mas tambien lo es que donde existe, hace lo último de potencia para servir al objeto amado. Los ojos, los oídos, los pies y las manos siguen el impulso del corazón, y ningun servicio se hace en el mundo tan bien, ni tan alegremente como

el que se hace por amor: es mas, no hay cosa tan honorífica como la palabra servicio, cuando procede del principio de amor. ¿Y á quién consagraremos el nuestro y dedicaremos nuestros servicios con mas derecho que á la madre de amor? ¡Y qué madre y de qué amor! Una madre que excede infinitamente por decirlo así á todas las madres del mundo; un amor que mas que todos los otros participa del amor esencial y divino. ¿Dónde se hallarán unos servicios que puedan llegar á él? Los querubines y serafines, que no tienen la obligacion que nosotros á esta señora, quisieran consumirse en servirla por sola la consideracion del indecible amor que tiene á los hombres; y si pudieran sentir disgusto, provendria de que les es imposible alcanzar á hacer lo que desearian por su servicio. ¡Qué sentimiento pues deberán de tener aquellos sobre quienes cae dia y noche la blanda lluvia de sus beneficios!

II. Por no pensar muchas veces en ellos se deja apagar el fuego que debería de arder siempre en las almas, y de un corazón frio no pueden salir mas que servicios tibios y flojos. Pero los verdaderos hijos de la madre de Dios tienen siempre los ojos puestos en las manos de esta señora para cumplir sus mandatos y hacer todos los servicios imaginables. Por este medio hacen progresos extraordinarios, porque á proporcion de sus servicios crece el amor que ella les tiene, y á medida del amor se aumentan siempre los servicios; de suerte que creciendo el amor en proporcion de los servicios y aumentándose estos á medida del amor, se forma una cadena de amor y servicios, que es como el collar de la orden dedicada á honra de tan amorosa madre. ¡Oh amor! ¡Oh servicios! ¡Oh collar! ¡Oh orden! Oh amor, ¡qué puro y casto eres, y qué digno de ser buscado con todas las industrias posibles! Oh servicios, ¡qué preciosos sois delante de Dios y de la Virgen, que los guarda cuidadosamente para re-

munerarlos con la bienaventuranza eterna! ¡Oh collar honorífico, que ensalzas á una ruin criatura mas que todas las grandezas de la tierra! ¡Oh órden, que pueblas los órdenes de la triunfante Jerusalem! Oh amor, ven á poseer mi corazon. ¡Oh servicios de todas mis potencias y sentidos! Oh collar, no te desdeñes de adornar mi pecho. Oh órden, recibe mi nombre sin atender á mis deméritos, porque me es imposible vivir sin servir á la madre de bondad.

NOTAS.

A.

Una de las propiedades de la gloria de la Virgen santísima es estar llena de amor y compasion para con los pecadores, quienes pueden llamarla su refugio, su consuelo y su esperanza en todas sus necesidades: que tiene tanto poder como bondad para socorrerlos: que su plenitud es para nosotros; y que todos aquellos á quienes redimió su hijo con su sangre, pueden esperar ser participantes de aquella. Tu plenitud de gracia, Virgen santísima, imita la plenitud de la divinidad del Salvador, de la que dijo S. Pablo (1): En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente y estamos llenos en él. De la misma manera tu plenitud de gracias llena á todos los fieles, llena el cielo y la tierra. S. Anselmo, fidelísimo siervo de esta augusta señora, dice (2) que todo el mundo está lleno de sus beneficios: que estos han pasado hasta el centro de la tierra y superado los cielos: que por su gracia los detenidos en el limbo recobraron la libertad: que fué alzada la maldicion de la tierra y reparadas las ruinas del cielo: que es un piélago de gracias donde bebieron todos los santos, y que por esta razon debe de decir que su morada fija é inmoble está entre los escogidos; que su trono está sentado sobre la plenitud de ellos; que el poder de su gracia de madre de Dios es el que los conserva y que deben á ella su perseverancia: que ella afirma en ellos la virtud impidiendo que se disipe y aminore: que realza su mérito, estorba que el demonio les haga daño, detiene los rayos del Señor cuando van á caer sobre la cabeza de los pecadores, en una palabra guarda todos los tesoros de la divina misericordia, que se distribuyen solamente por sus manos (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur*).

(1) Ad colos. II, 9 et 10.

(2) Anselm. apud Bonavent. in Specul., lib. 7.